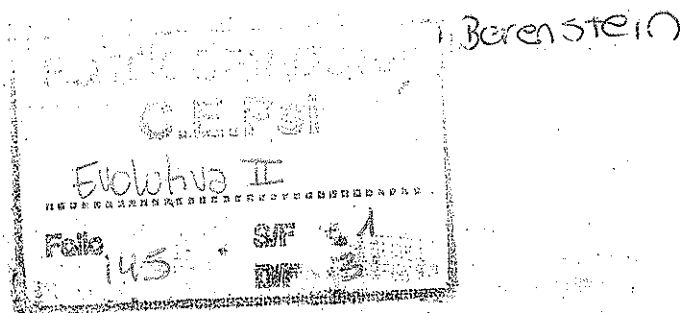


9. FUNCION DEL NOMBRE EN EL DISCURSO FAMILIAR



1. EL NOMBRE DE PARENTESCO Y EL SIGNIFICADO DEL TEXTO

En cierta oportunidad, en un seminario sobre este tema, alguien sugirió leer un trozo del material clínico de una sesión de psicoanálisis familiar, pero sustituir los nombres de parentesco ("el padre dice..." o "la hija responde..." o "el hermano le dice a la hermana...") o los nombres propios ("Ricardo le dice a Julia, su mujer..." o "Juana responde a Alberto...") por números o letras. En un segundo pasaje se leería el mismo material nombrando quién dice qué. Propongo al lector hacer una experiencia similar por lo cual se leerán a continuación cuatro versiones del mismo texto, la primera con letras en lugar de los nombres, la segunda reemplazándolos por nombres convencionales, la tercera con denominaciones de parentesco y la cuarta tal como figura en el texto original de donde fue extraído el material.

A: Debería dejárselo que hiciera las cosas ella sola. Es indecisa. No se le permite que tome una decisión. Se le da la mesa puesta. Si no se le permite decidir en cosas pequeñas no aprenderá a hacerlo en cosas importantes.

B: Sí, no es capaz de tomar ninguna decisión. ¿Recuerdan cuando dejó aquel trabajo? ¿Que yo pensaba que haría esto y ustedes pensaban que haría lo otro?

C: Sí, yo pensaba que haría lo otro, pero tú tenías razón, Peggie.

B: Sí, se lo dije pero no lo quiso hacer. Yo no podía obligarla a entrar a la fuerza.

D: Es cierto. Espera que otros lo hagan por ella.

A: No quiere examinarse nunca. Se enferma antes de los exámenes. No quiere tomar una decisión.

B: Sí, después del examen es capaz de hacer bien las cosas. ¿Te acuerdas de su baile? La señora Smith dijo: "¿No es curioso?, no se pudo examinar y sin embargo ahora lo hace muy bien". Aquella vez no podía escribir para el examen y después escribía y escribía todo lo que debía haber escrito.

D: No, no pude expresarme correctamente. No se hace la enferma antes del examen. Se preocupa tanto que se enferma. Oh, yo no diría que lo hace intencionalmente.

E y F: Preguntamos a X si creía que R era la "preferida".

A: ¿La preferida? Creo que ella pensaba que me preferían a mí. Bueno, seré sincero. Creo que es honrado decir que yo era la niña de los ojos de mi abuela y creo que R se daba cuenta.

D: Yo los trataba igual. No hacía diferencias.

B: Lo que se le daba a uno se le daba al otro.

C: sí.

Sustituiré ahora las letras por nombres propios convencionales.

Ricardo: Debería dejárselo que hiciera las cosas ella sola. Es indecisa. No se le permite que tome una decisión. Se le da la mesa puesta. Si no se le permite decidir en cosas pequeñas no aprenderá a hacerlo en cosas importantes.

Peggie: Sí, no es capaz de tomar ninguna decisión. ¿Recuerdan cuando dejó aquel trabajo? ¿Que yo pensaba que haría esto y ustedes pensaban que haría lo otro?

Cristina: Sí, yo pensaba que haría lo otro, pero tú tenías razón, Peggie.

Peggie: Sí, se lo dije pero no lo quiso hacer. Yo no podía obligarla a entrar a la fuerza.

Jorge: Es cierto. Espera que otros lo hagan por ella.

Ricardo: No quiere examinarse nunca. Se enferma antes de los exámenes. No quiere tomar una decisión.

Peggie: Sí, después del examen es capaz de hacer bien las cosas. ¿Te acuerdas de su baile? La señora Smith dijo: "¿No es curioso?, no se pudo examinar y sin embargo ahora lo hace muy bien". Aquella vez no podía escribir para el examen y después escribía y escribía todo lo que debía haber escrito.

Jorge: No, no pude expresarme correctamente. No se hace la enferma antes del examen. Se preocupa tanto que se enferma. Oh, yo no diría que lo hace intencionalmente.

Julio y Martín: Preguntamos a X si creía que R era la "preferida".

Ricardo: ¿La preferida? Creo que ella pensaba que me preferían a mí. Bueno, seré sincero. Creo que es honrado decir que yo era la niña de los ojos de mi abuela y creo que R se daba cuenta.

Jorge: Yo los trataba igual. No hacía diferencias.

Peggie: Lo que se le daba a uno se le daba al otro.

Cristina: Sí.

Ahora, en lugar de nombres propios pondré denominaciones de parentesco arbitrarias.

Padre: Debería dejársele que hiciera las cosas ella sola. Es indecisa. No se le permite que tome una decisión. Se le da la mesa puesta. Si no se le permite decidir en cosas pequeñas no aprenderá a hacerlo en cosas importantes.

Madre: Sí, no es capaz de tomar ninguna decisión. ¿Recuerdan cuando dejó aquel trabajo? ¿Que yo pensaba que haría esto y ustedes pensaban que haría lo otro?

Hija: Sí, yo pensaba que haría lo otro, pero tú tenías razón, madre.

Madre: Sí, se lo dije pero no lo quiso hacer. Yo no podía obligarla a entrar a la fuerza.

Hijo: Es cierto. Espera que otros lo hagan por ella.

Padre: No quiere examinarse nunca. Se enferma antes de los exámenes. No quiere tomar una decisión.

Madre: Sí, después del examen es capaz de hacer bien las cosas. ¿Te acuerdas de su baile? La señora Smith dijo: "¿No es curioso?, no se pudo examinar y sin embargo ahora lo hace muy bien". Aquella vez no podía escribir para el examen y después escribía y escribía todo lo que debía haber escrito.

Hijo: No, no pude expresarme correctamente. No se hace la enferma antes del examen. Se preocupa tanto que se enferma. Oh, yo no diría que lo hace intencionalmente.

Hijos segundo y tercero: Preguntamos a X si creía que R era la "preferida".

Padre: ¿La preferida? Creo que ella pensaba que me preferían a mí. Bueno, seré sincero. Creo que es honrado decir que yo era la niña de los ojos de mi abuela y creo que R se daba cuenta.

Hijo: Los trataba igual, no hacía diferencias.

Madre: Lo que se le daba a uno se le daba al otro.

Hija: Sí.

El texto, no el parentesco de los hablantes, fue obtenido de la familia de los Eden (Laing, 1964). Se trata de la familia de Ruby, de diecisiete años, internada en estado de estúpido catatónico. Se negaba a comer, decía que sus familiares eran buenos y afectuosos y también que no la querían, que la madre la quería y luego trataba de envenenarla. Oía voces que le decían "perra", "sucía", "prostituta". Desorientada acerca de su identidad, dudando de su familia y de si la gente la quería o no, lo importante era su

confusión. Esta familia tenía como particularidad el uso de denominaciones de parentesco falseadas para alguna de las personas. Pondré entre paréntesis como se llamaba a las personas en esa familia. La paciente vivía con su madre (*mami*) y una hermana casada de ésta (la llamaba *mamá*) y su marido, a quien llamaba *papi* y más tarde *tío*. También vivían con el hijo de esta pareja, su primo, a quien llamaba *hermano*. El padre de la paciente, separado de la madre, estaba a su vez casado. Tenía otra familia, vivía en otro lugar y ocasionalmente los visitaba. Transcribiré la conversación *real* según figura en el libro de Laing:

Primo: Debería dejársele que hiciera las cosas ella sola. Es indecisa. No se le permite que tome una decisión. Se le da la mesa puesta. Si no se le permite decidir en cosas pequeñas no aprenderá a hacerlo en cosas importantes.

Tía: Sí, no es capaz de tomar ninguna decisión. ¿Recuerdan cuando dejó aquel trabajo? ¿Que yo pensaba que haría esto y ustedes pensaban que haría lo otro?

Madre: Sí, yo pensaba que haría lo otro, pero tú tenías razón, Peggie.

Tía: Sí, se lo dije pero no lo quiso hacer. Yo no podía obligarla a entrar a la fuerza.

Tío: Es cierto. Espera que otros lo hagan por ella.

Primo: No quiere examinarse nunca. Se enferma antes de los exámenes. No quiere tomar una decisión.

Tía: Sí, después del examen es capaz de hacer bien las cosas. No quiere tomar una decisión. ¿Te acuerdas de su baile? La señora Smith dijo: "¿No es curioso?, no se pudo examinar y sin embargo ahora lo hace muy bien". Aquella vez no podía escribir para el examen y después escribía y escribía todo lo que debía haber escrito.

Tío: No, no pude expresarme correctamente. No se hace la enferma antes del examen. Se preocupa tanto que se enferma. Oh, yo no diría que lo hace intencionalmente.

Hermanos segundo y tercero: Preguntamos a Alistair si creía que Ruby era la "preferida".

Primo: ¿La preferida? Creo que ella pensaba que me preferían a mí. Bueno, seré sincero. Creo que es honrado decir que yo era la niña de los ojos de mi abuela y creo que Ruby se daba cuenta.

Tío: Yo los trataba igual, no hacía diferencias.

Tía: Lo que se le daba a uno se le daba al otro.

Madre: Sí.

Hasta aquí los cuatro relatos que ciertamente evocan impresiones diferentes. El texto es el mismo pero varían los locutores.

Estos pueden ser nombrados por sus letras o por sus denominaciones de parentesco. En el primer caso el lector (y el escucha) se ve desprovisto de los sujetos de la enunciación y sumergido en un fluir discursivo. Se anula la discontinuidad, dada por los nombres propios o los del parentesco si fueran usados. Merced a éstos, el escucha establece hipótesis acerca del sentido del discurso y las motivaciones del hablante, lo cual no está totalmente en el texto. Hace al marco contextual. Stein (1966) dice:

El inconsciente que discurre en la persona del yo no lo hace todavía en primera persona. No hay que dejarse influir por el hecho de que a falta de un mejor término, Freud haya tenido que contentarse con transformar en nombre el pronombre *ich*, ya que el inconsciente no designa jamás a los seres por la idea de una relación con el acto de hablar, no conoce pronombre.

Los nombres del parentesco enmarcan posiciones, lugares definidos por relaciones de valor. Un lugar es lo que no son los otros lugares posibles, el lugar *Hijo* es lo que no es el lugar *Padre*, y el lugar *Madre*, y el lugar *Dador de la madre*. Los nombres introducen un corte sin el cual los sujetos quedarían presos del discurso inconsciente, como una pura circulación de frases no sostenidas. Discurso sin hablantes.

Cada integrante sostiene la ilusión de ser el autor de su propio discurso, después de escindir y desmentir la pertenencia al mismo de sí y de los otros.

En las sesiones familiares o de pareja frecuentemente surgen innumerables discusiones acerca de lo que se quiso o no se quiso decir en una búsqueda interminable de confirmación por los otros. Poner un nombre es instalar un supuesto autor, lo cual también puede ser considerado como una resistencia a la pertenencia inconsciente a un discurso familiar, del cual somos locutores (nota 4) inconscientes.

Locutor aquí es usado con un sentido próximo a portavoz, alguien cuya tarea es enunciar un enunciado sin ser necesariamente su autor. Postulo para éste, en el contexto específico de este libro, un status inconsciente.

2. LOS NOMBRES COMO FORMACION DE COMPROMISO

Los nombres de parentesco y los nombres propios tienen un significado inconsciente (Berenstein, 1976). En ese sentido pode-

mos considerarlo como un síntoma, una formación de compromiso entre el sujeto y los deseos provenientes de la Estructura Familiar Inconsciente. Tesone (1987) señala también que el nombre de pila es un compromiso de los deseos maternos y paternos vinculados con el niño. Ese compromiso se condensa en un nombre o a veces en varios. En él se entrecruzan las cadenas asociativas de los sueños infantiles de los padres.

Puede considerarse al nombre una producción de la Estructura Familiar Inconsciente, así como lo son el espacio y el tiempo familiar, o el mito familiar entre otros.

El nombre de parentesco recorta un lugar vincular desde lo sociocultural y abre una posibilidad futura al yo de ocupar otros lugares y llevar otras designaciones de parentesco en el pasaje de la familia de origen a la de elección, cuando pasa por ejemplo, de hijo o hermano en la primera a padre o tío en la segunda. El nombre propio designa al yo, recorta su límite y se constituye como una defensa frente a la ansiedad de ser devorado por la estructura familiar, posible de ser registrada emocionalmente en el funcionamiento regresivo como un interior materno sin lugares de referencia, un antro, un espacio sin límites. La experiencia clínica pone en evidencia que los lugares admiten a más de un sujeto-nombre propio, con lo cual éste pierde un cierto carácter de singularidad. En tanto contraría la investidura narcisista se convierte en fuente de angustia. Cuando la denominación de parentesco contiene una debilidad implícita suelen agregarse otras denominaciones suplementarias.

El nombre también es un mensaje que conforma un modelo identificatorio del cual el sujeto puede apropiarse si es marcado con el deseo de ser lo que se espera que sea. La apropiación puede ubicarse más de cerca de la repetición o de la resignificación con la que el yo ha de ocupar el lugar.

Cuando esto se asume, se asiste al pasaje de la ilusión de ser el autor del propio discurso a admitir ser un locutor de los enunciados familiares junto a otros sin dejar de ser uno, lo cual implica la posibilidad de relaciones de mayor complejidad. Pero a su vez, si el abandono del lugar se acompaña de la pérdida de la identidad, deja al enunciante indiferenciado en el seno de las palabras de otro. Es la imagen dada en el discurso esquizofrénico.

Los nombres quizá tengan una función defensiva ante la pulsión de muerte en su tendencia al borramiento de las indivi-

dualidades y singularidad para volver al espacio indiferenciado de los antecesores. Robert (1974) describe este pasaje de bella manera refiriéndose a Freud:

Poco antes de reunirse con sus padres, o como dice la Biblia, de volver al seno de Abraham, de Isaac y de Jacob, Freud se ve acometido por un último sobresalto de rebeldía ante la fatalidad inexorable de la filiación, que limita estrechamente a todo hombre imponiéndole un origen, una raza, un nombre. Consciente de acercarse peligrosamente a Jacob Freud por un parecido cada vez más acusado, se defiende con todas sus fuerzas contra ésta ("vuelta de lo repudiado") que, a partir de la mitad de la vida, anuncia al vivo la lenta extinción de su individualidad. Puesto que el individuo humano no tiene nunca más que una corta duración, aparece tardíamente en el niño, que no puede formarse, sino rebelándose contra su dependencia respecto de sus padres y contra su necesidad de identificarse con su imagen venerada; después tras las luchas del adolescente de emanciparse de quienes lo han engendrado, el adulto cree al fin haberse convertido en una persona separada con todo lo que esto comporta de único en la serie de los caracteres y disposiciones; pero apenas comienza a hacerse sentir la edad, el ser más individualizado se convierte en el doble de sus padres...

... a medida que se acerca a la muerte, también él (Freud) se hace cada vez más parecido a Jacob, también él está amenazado por la "vuelta a lo repudiado" que poco a poco empequeñece su personalidad. A esta segunda identificación con el padre, cuya salida es demasiado previsible, no por azar le consagra todo un capítulo de su libro, pero es para dominar por lo menos en el espíritu el fatal proceso de su disolución.

Los nombres están dotados de eficacia clasificatoria, asegurando y fijando el yo a un determinado lugar. Quizá donde el rigor clasificatorio sea más notable es en los cementerios, donde como en el mundo de los vivos cada nombre ocupa un lugar sostenido no ya por un sujeto sino por una lápida que lo representa.

En la Estructura Familiar Inconsciente los nombres esperan y luego sostienen con su significado a los yoes. Luego éstos sostienen a aquéllos. El yo tiene por delante dos operaciones: a) portar un nombre que lo espera y b) apropiarse del propio nombre. En el primero se alude a ser portador de identificaciones del tipo de las heroicas, transmitidas con los ideales, vinculados al yo ideal, o a modelos identificatorios sobre la base del ideal del yo. Estando los nombres del parentesco dotados de cierta fijeza, como también los nombres propios que añaden significación a aquéllos, se nos plantea el problema de semantizar las diferen-

cias en las denominaciones. El nombre está estrechamente ligado a las identificaciones primeras y a la identidad y, en ese sentido, retiene un núcleo duro y estable completado por otros rasgos identificatorios móviles, susceptibles de acoger otras significaciones acordes con los contextos cambiantes. Sobre éstos se basa la apropiación del nombre; el sujeto le otorga un nuevo sentido y lleva a cabo su propia transformación sobre lo transmitido y transferido en conjunción con la determinación proveniente de la Estructura Familiar Inconsciente.

3. ¿QUIEN ES EL AUTOR DE UN NOMBRE?

Como término, el nombre se incluye en una relación de valor junto a los otros. Cada nombre denomina una discontinuidad, y adquiere significación en tanto se refiere a un lugar en un orden. Es el espacio del narcisismo del que nombra, del o de los que construyen ese espacio interfantasmático donde advienen el yo y los otros.

Veamos cómo lo dice en la *Milonga de Jacinto Chiclana*:

Me acuerdo. Fue en Balvanera
en una noche lejana
que alguien dejó caer el nombre
de un tal Jacinto Chiclana.

Algo se dijo también
de una esquina y un cuchillo;
los años nos dejan ver
el entrevero y el brillo.

Quién sabe por qué razón
me anda buscando ese nombre;
me gustaría saber
cómo habrá sido aquel hombre.

Alto lo veo y cabal,
con el alma comedida,
capaz de no alzar la voz
y de jugarse la vida.

Nadie con paso más firme
habrá pisado la tierra;
nadie habrá sabido como él
en el amor y la guerra.

Sobre la huerta y el patio
las torres de Balvanera
y aquella muerte casual
en una esquina cualquiera.

No veo los rasgos. Veo,
bajo el farol amarillo,
el choque de hombres o sombras
y esa víbora, el cuchillo.

Acaso en aquel momento
en que le entraba la herida,
pensó que a un varón le cuadra
no demorar la partida.

Sólo Dios puede saber
la laya fiel de aquel hombre;
señores, yo estoy cantando
lo que se cifra en el nombre.

Entre las cosas hay una
de la que no se arrepiente
nadie en la tierra. Esa cosa
es haber sido valiente.

Siempre el coraje es mejor,
la esperanza nunca es vana;
vaya pues esta milonga
para Jacinto Chiclana.

Lo que se cifra en el nombre, al decir de Borges, diseña un lugar dotado de cualidades que configuran el destino del sujeto enunciado. Si la investidura narcisista del que nombra no puede ser frustrada por la apropiación del nombre como propio del yo*, el destino pasará a ser repetición, camino a la muerte real o simbólica. Reiterándolo, en el primer paso el yo soporta el nombre o, dicho en términos de identificación, el yo es el objeto del nombre que nombra el deseo del otro. El nombre soporta al yo y éste no es aún sujeto sino literalmente es el nombre.

¿Quién es el autor del nombre? El poema dice: *alguien dejó caer el nombre*. Los nombres tienen algún autor inconsciente representado en la producción de superficie por algún relator, a

* Precisamente al nombre de una persona se lo llama nombre propio.

la manera de Borges, autor del poema del nombre producido por *alguien* definitivamente perdido. El nombre propio es una *cifra* correspondiente a un orden inconsciente a construir según los indicios surgidos del discurso familiar. *Lo que se cifra en el nombre* —dice Borges—. Cifra es una escritura en la que se usan signos, guarismos o letras convencionales, y que sólo puede comprenderse conociendo la clave (Real Academia Española, 1956). Cifrar es escribir en cifra, compendiar, reducir muchas cosas a una, o un discurso a pocas palabras.

4. APROPIACION DEL NOMBRE PROPIO

Los nombres de parentesco o los propios son asignados los primeros por lo sociocultural y los segundos por la familia. El nombrado puede apropiarse de él o no asumirlo. La elección del nombre forma parte de una *asociación libre* producida por la Estructura Familiar Inconsciente y su significado remite a ella. Significado equivalente a determinación inconsciente, reuniendo entretejidos un deseo circulante y una ley reguladora. Asumir un nombre es ubicarse en el espacio preciso determinado por ese entrecruzamiento de deseo y ley, y apropiarse es iniciar una transgresión de los sentidos incluidos en él, para ser el sujeto singular del propio nombre. Veamos el siguiente fragmento de una sesión familiar*.

A la hora correspondiente entraron los cuatro integrantes, la madre y las tres hijas adolescentes. Se quedaron en silencio, el clima emocional era confortable, sin sensación de apremio para hablar, de comodidad donde nadie se sentía obligado a decir algo porque fuera necesario mostrarse comunicativo. Tampoco el terapeuta se sentía compelido a entender. A los 10 minutos la madre señaló que no habían comentado que en la casa cada vez hablaban más.

El analista señaló la diferencia entre hablar y comentar, dejando lo primero para el contacto verbal entre ellos sin él y lo segundo, esto es comentar, para lo que hacían en la sesión y por lo tanto incluyendo al analista. Notoria diferencia entre hablar en la sesión y fuera de ella.

Durante un largo período de tratamiento discutían acaloradamente, "así como aquí hablamos en casa" decían, y luego seguía un largo silencio quejándose de la dolorosa incomunicación donde podían pasar días enteros enojados, ofendidos, resentidos y sin poder tender un puente de palabras.

* Agradezco al lic. Jorge Vider.

Luego de la intervención del analista y de un silencio, la madre pidió a la hija cambiar de lugar por temor al frío proveniente del acondicionador de aire. Otro silencio. Luego un comentario risueño acerca de las hijas, usaban la ropa del padre, le sacaban las camisas y las vestían a manera de camisolas, de moda en ese entonces.

Dos ocurrencias cruzaron la mente del terapeuta, una era que sus hijas le habían pedido alguna de las suyas y otra ocurrencia era referida a un amigo suyo que había hecho un importante regalo al hijo y no a las hijas.

Interpretó la expresión divertida en referencia a una vivencia dolorosa, la de no tener hijos varones. La madre respondió en el mejor aire convencional que no, simplemente las camisolas estaban de moda. Fue dicho para enterar al analista por su posible ignorancia de estos detalles. Nuevo y prolongado silencio. Como al pasar la madre dijo que estaba contenta con las hijas. Agregó que siempre los ayudantes que le tocaban en la facultad se llamaban Matías (pausa... suspenso...) "siempre me hubiera gustado tener uno, un Matías" dijo. La hija le respondió: "¡Qué casualidad, mi novio tiene como segundo nombre Matías!"

En el marco de la sesión psicoanalítica la familia construyó un conjunto de frases, mejor aún las frases fueron dichas, habladas como circulación de deseos recorriendo las distintas posiciones del parentesco, dichas por todos, hablantes y no hablantes, paciente-familia y terapeuta. Esta frase subsume y contiene el deseo materno frustrado de tener un varón. El deseo frustrado también tenía un nombre, como se observó en el material. Incluía también el conflicto madre-hija cuya elección de objeto era además el objeto deseado de la madre, elegido para no ser perseguida por un superyó materno, que es a quien en realidad está dedicado su objeto amoroso.

Se puede plantear la duda de considerar si una frase fue dicha por un hablante-familia inconsciente o por cada uno de los miembros desde su aparato psíquico que se comunica con el/los otros. La primera posibilidad se aproxima más a la interpretación de los hechos.

Respecto de la apropiación del propio nombre veamos otra vez en Robert (1973) la descripción de este paso en los últimos años de Freud:

Para no morir, pues, Freud declara en el libro que puede pasar por su auténtico testamento, que no es Salomón, hijo de Jacob, ni tampoco Sigmundo, el hijo prometido por propio nombre a más altos destinos. No es más judío de lo que fuera Moisés o Moshé, aunque naciera de este jefe

y guía en el pueblo judío, sino que igual que Moisés cortó radicalmente con su Egipto natal y sus dirigentes, que le perseguían a causa de sus ideas avanzadas, así Freud rompe interiormente todo lazo con la Alemania de su tiempo y no sólo con la de los nazis sino con todo lo que queda en él de alemán, de manera que en el momento de abandonar la escena en la que ha representado con tanta valentía su papel, puede decir que ya no es judío ni alemán, ni nada que pueda todavía llenar un nombre: no quiere ser sino el hijo de nadie y de ningún lugar, el hijo de sus obras y de su obra, que, a la manera del profeta asesinado, deja atónitos a los siglos ante el misterio de su identidad.

El yo pasa a ser hijo de la Estructura Familiar Inconsciente cuya asociación produjo su nombre, a ser hijo de su propia modificación del lugar asignado, incorporando y transformando los sentidos y significados definitorios de su espacio estructural. Para que haya un espacio virtual y un yo debe haber un nombre, alguien a nombrar y alguien con el deber de nombrar. El nombre lo es simultáneamente de una presencia y de una ausencia. Presencia del yo, en el aquí y ahora sincrónico, ausencia de un personaje que no está por el mismo hecho de ser nombrado, aquel a quien se supone el nombre representa o simboliza, su antecesor inconsciente.

La posibilidad de apropiación del propio nombre se relaciona con la presencia de una ley paterna en tanto la repetición se debería a la ley materna (del padre de la madre). ¿Pero podrá seguirse llamando ley a esta última? La ley se transmite de padre a padre, lo cual involucra una complicación adicional en el caso del varón, diferente de la de la mujer. El varón deberá tomarla del propio padre quien a su vez deberá renunciar a regir la siguiente estructura familiar, la del hijo devenido padre. La mujer deberá aceptar la ley paterna y renunciar al padre para dar lugar al marido. Renuncia que significa otorgar un don, don que involucra una devolución por parte del marido. Identificación implica apropiación de la ley paterna y transgresión de la del otro padre-cuarto término-dador de la mujer. Son precondiciones para hacer del lugar algo propio. No sólo del lugar del Padre sino también del de la Madre, del Hijo y de la disolución del lugar del cuarto término. Es inherente al padre apropiarse de la ley del padre, es decir realizar lo que hacen todos los padres, definido desde la cultura como reglar o legislar y a la vez hacerlo a su manera, que no es la manera del propio padre.

La mujer debe hacer una transferencia desde el propio padre al marido, en camino de devenir padre. Este proceso no está exento de conflictos y tensiones actualizados en cada etapa vital de la vida familiar, nacimiento de los hijos, muerte de alguno de los abuelos, etc.